

# EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID. — 12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado), núm. 20, entresuelo. — También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid. — Viernes 2 de Mayo de 1862.

PROVINCIAS. — 15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviándolo directamente en letra, libranza ó riellos de correos, por las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Estrasjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 414.

## ADVERTENCIA.

Con motivo de la solemnidad del día de hoy, y por acuerdo de la mayoría de la prensa, no se publicará mañana nuestro periódico.

## OTRA.

El lunes próximo, á las doce de la mañana, se verificará, en la sala extraordinaria de la audiencia, la vista de la denuncia de EL CONTEMPORANEO, por el número correspondiente al 21 de marzo.

Todavía no sabemos que se haya inhihido el tribunal de marina, que empezó á entender de este asunto.

Defenderá el artículo denunciado nuestro director, D. José Luis Albará.

Compondrán el tribunal de imprenta los señores:

O'Lawlor, presidente;  
Prida;  
Borrajó;  
Fernandez;  
Gonzalez,  
Y Llera.

## MADRID.

1.º DE MAYO.

¡Conque al fin y al cabo nuestras noticias son ciertas? ¡Conque el duque disputa con el señor Mon y regaña con el Sr. Coello?

Por mas que *La Epoca* y *La Correspondencia* quieran dorar la pildora, lo cierto es que la cuestión de Méjico ha producido esas peripicias fatales para la buena armonía que debe reinar entre los miembros del vicarvarismo.

«No hay semejanza cosa», exclama *La Correspondencia* llena de la mas vicalvarista indignación.

—Pero en seguida añade:

«Lo que pasó en la conferencia fué que el señor Mon se limitó á rechazar cuanto se ha dicho de que él había inspirado los artículos publicados en *La Epoca* en favor del archiduque austriaco.»

Luego es verdad lo de la conferencia y lo de la disputa.

Pasemos adelante.

«Es falso que haya habido disgustos entre el Sr. Coello y el general O'Donnell», grita *La Epoca*.

Pero, á renglón seguido, continúa:

«Lo que el propietario y redactores de *La Epoca* han hecho, ha sido acercarse al gobierno y decirle que estaban á su disposición los puestos oficiales que ocupan.»

Luego es verdad lo de la riña y lo de las dimisiones.

De modo, que hasta ahora lo único que no hemos encontrado es la carta del embajador francés al Sr. Coello; pero ella parecerá, si está de Dios que parezca.

Resulta, pues, que nosotros no hemos hecho mas que referir los cuentos, que son verdaderas historias, de los que llama *La Epoca* personajes ormales.

¡Válganos el cielo con los formales personajes del vicarvarismo!

El conde-duque podrá ser muy formal, pero si la formalidad consiste en cumplir lo que se ofrece, y en mostrarse consecuente con las opiniones, no damos un maravedí por las formalidades de S. E.

No le van en zaga los demás personajes del vicarvarismo, que en punto á fijeza en las doctrinas, y á constancia en los principios, mas parecen velas de campanario que hombres importantes.

Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que á los ministeriales siempre les sale el tiro por la culata cuando quieren herir á sus adversarios.

Ellos pueden decir: «Si buena insula me dan, buenos azotes me cuesta», y el país puede contestarles: «Tiempo llegará en que os quedeis con los azotes y sin la insula.»

Hoy nos reíríamos de esas riñas y esas disputas, que tienen mucho de cómico y no poco de ridículo, si la memoria de pasados sucesos no nos hiciera verter una lágrima sobre la tumba de los héroes y los mártires.

¡Qué contrastes! Mañana es posible que aparezcan en *La Epoca* un artículo combatiendo la política de Francia en 1808 y otro apoyando la política de Francia en 1862.

Es decir, un artículo en obsequio de las víctimas del Dos de Mayo, y otro en obsequio del archiduque Maximiliano.

La carta del embajador francés al Sr. Coello debe cubrirse mañana con un crespon oscuro, como los altares en Viernes Santo.

Muchas cosas se deberían cubrir también mañana, entre ellas el amor á la patria de los vicalvaristas, y el amor á la libertad de los gobernantes.

Si resucitara el capitán Velarde, volvería á morir por no ver las cosas que en el día pasan.

Los héroes de la independencia española y los héroes de Manzanara no caben juntos en un saco.

Aquellos salvaron al país con su patriotismo, y estos le engañaron con su programa.

Por eso aquellos murieron en la lucha, y estos viven en el ministerio.

Lo que prueba, que en los tiempos que alcanzamos, vale mas un mal programa que un buen patriotismo.

El Sr. Calderon Collantes se ahorra de asistir á los honores que se tributan á aquellos bobos del Dos de Mayo, que en vez de enviar notas humildes enviaron balas á los orgullosos extranjeros.

Entre tanto, S. E. se pasará en Aranjuez, donde sin escrúpulos de monja, ni cosa que lo valga, puede dedicarse á estudiar los efectos de su hábil diplomacia, que son para el país mucho peores que los de un cañon rayado.

El vicarvarismo debería suprimir la función de mañana, porque ahora lo único que hay que hacer es honrar al conde-duque, al héroe de las cien coronas y de las veinticinco espadas, que fué quien regeneró el sistema representativo.

Mejor sería discutir una recompensa nacional para el insurrecto del Campo de Guardias, que discutir la ley de imprenta del Sr. Posada.

Al fin aquello no nos costaría mas que el dinero, y esto ha de costarnos el dinero y la libertad.

Pero á bien que de este modo puede el ministro de la Gobernación lucir á sus discípulos, que si todos salen tan buenos sofistas como el Sr. Cánovas, no han de dejar deslucido al maestro.

## 1808.—1862!

El eco de los cañones recuerda desde ayer tarde á los habitantes de Madrid la heroicidad de un

pueblo libre, que en horas de amargura sabe volver por su decoro ultrajado y conquistar su independencia á costa de grandes sacrificios. Mientras la nación conserve su carácter, no se olvidará entre los buenos españoles el día Dos de Mayo de 1808, día de gloria para la patria y de vergüenza para los que intentaron humillarnos, imponiéndonos una dominación extranjera y sujetando al victorioso carro de un guerrero á los valientes hijos de la noble España. Cuando recordamos aquellos heroicos sucesos, cuando vemos con los ojos del alma los rasgos de valor de un pueblo generoso, que antes que perder su independencia perdía contento la vida, renace en nuestro corazón la fé y el entusiasmo, y nos atrevemos á esperar aun días muy prósperos y felices para la patria, y nos atrevemos á creer que aunque algunos pretendan quitarnos la importancia que nos dá la historia, los hijos de este pueblo heroico sabrán reconquistarla, conservando el nombre español á la altura que merece.

Grande y magnifico ejemplo que imitar nos dejaron nuestros padres en esa gloriosa página escrita con su sangre. ¡Terrible lección para los que intentan dominar á los pueblos, olvidando su carácter y sus intereses, sin atender á otra cosa mas que á egoístas ambiciones! El Dos de Mayo, principio de nuestra regeneración política, que cuatro años despues echó profundas raíces en las Cortes de Cádiz, deben tenerlo siempre presente los que pretenden de cualquier modo destruir el carácter de nacionalidad, que tanto distingue á nuestra patria.

El pueblo español dió en aquella época magnífica y terrible la mas solemne prueba de cuál era su legítima aspiración en los tiempos modernos. Las viejas preocupaciones caían rotas en pedazos, y se levantaba una generación nueva, amante de la libertad y de los derechos y garantías del ciudadano, una generación que con tanto odio á los dominadores extranjeros como á los que, valiéndose de malas artes, anhelaban imponerla dentro de su misma patria, pretendía conquistar las libertades públicas aun á costa de inmensos sacrificios. Desde entonces debieron perder completamente la esperanza esos reaccionarios intransigentes, que rechazan toda clase de progresos y aferrados á sus antiguas doctrinas anhelan todavía volver á tiempos que pasaron, y que por fortuna son ya imposibles.

Pero si esa imposibilidad es un hecho, si ni el absolutismo ni la dominación extranjera conseguirán nunca penetrar en nuestra patria, queda, sin embargo, mucho que hacer para que las libertades adquiridas á costa de tanta sangre y de tantos sacrificios, no sean, en manos de torpes ó gobernantes, una farsa ridícula ó una engañosa apariencia. Al recordar el año de 1808, al recorrer la historia de los 54 que trascurrieron desde aquella fecha al de 1862 en que vivimos, siente el alma, al par que una noble alegría, un dolor profundo; alegría por el espectáculo de entonces, por las consecuencias que trajo al país; dolor por el espectáculo de ahora, por las consecuencias que podrá traer en adelante.

Aquella fué la iniciación de una gran reforma, la primera piedra de un inmenso edificio, que si no ha logrado concluir, ha sabido adelantar el pueblo. Esta es la iniciación de un escepticismo político, la primera piedra arrancada al monumento donde se conservan las libertades del país, monumento que si no logran destrozar, pueden, acaso, conmovier los hombres de la situación.

¡Estraña coincidencia! Cincuenta y cuatro años hace hoy que el pueblo de Madrid se levantó im-

ponente contra las asechanzas extranjeras, en nombre de sus propias libertades. También el año 54 se levantaba el pueblo, movido por un hombre que enarboló la bandera liberal, para arastrarla despues por el cieno de mezquinas ambiciones. ¡Cuánta diferencia entre los oscuros capitanes de aquel tiempo y el ilustre y renombrado general de esta época! ¡Cuánta distancia de los Daoiz y Velarde de entonces al O'Donnell de ahora!

¡Por qué se ofrece al país lo que no se ha de cumplir? ¡Por qué se levanta el estandarte de la libertad, prometiendo regenerar las instituciones, malamente practicadas, y luego que se consigue la victoria, engañando á un pueblo generoso, en vez de practicar la regeneración que se prometió, no se practica mas que el interés personal y egoísta de un escaso número de ambiciosos defensores? Si en el año de 1808 vimos hechos heroicos, que llenaron de admiración el mundo, en el de 1862 vemos tristes sucesos, que llenan de amargura á los amantes de la patria. Un puñado de hombres, sin mas ley ni mas bandera que su propia conveniencia, escala los altos destinos del país, rompe abiertamente con la consecuencia política, rasga el código de los principios que antes sustentó, y olvidando el punto de que procede, y sin mirar el punto á que se dirige, marcha impasible por un camino que puede llevar á la ruina de la patria.

Y sin embargo, esos hombres siguen en el poder y siguen con sus torpezas, y el país les censura y les combate, y la opinión pública les condena; pero ellos se enojan de hombros, y como están seguros de que el castillo que formaron no ha de venir por ahora al suelo, se rien de la opinion y tienen en poco las quejas del país. Hacen bien. Si al conquistar el mando no se propusieron mas que satisfacer sus ambiciones, hoy deben hallarse contentos, porque sus ambiciones están satisfechas.

Entre tanto, el país se ruboriza al ver ministros que no temen humillarnos ante el mundo, enviando á la Gran Bretaña notas como las de la última guerra; que no rechazan con indignación ataques tan injustos y crueles como los lanzados en el Parlamento inglés cuando se trató de elevar á España á potencia de primer orden; que emplean los recursos y la sangre de un pueblo leal y generoso, en tan infundadas campañas como la de África; que ceden por unos cuantos maravedises el heroico auxilio prestado por nuestras tropas en Cochinchina; que permiten á sus periódicos, y aun ellos mismos lo consenten, que se pongan los intereses de España á los de un país extranjero en la cuestión de Méjico, y que se defiendan franca y abiertamente á un príncipe austriaco en perjuicio de un príncipe español, y sobre todo, en desdoro de la patria.

Pero, ¿á qué cansarnos en la enumeración de sucesos que el público conoce? ¡No es además sabido que los hombres que hoy dirigen los negocios del país, vinieron al campo de la política para vivir y engrandecerse á la sombra del poder que ejercen?

¡No es extraño lo que ocurre; á nadie debe sorprender, y lo que nos sorprendería á todos es que ocurriera lo contrario. Desde que el gobierno desatendió completamente el progreso ofrecido, las reformas prometidas y las leyes deseadas, pudimos convencernos de lo que sería la dominación vicarvarista. El mas descarado favoritismo envolvió la esfera oficial, donde con asombro de todo el mundo, y casi por asalto, vimos improvisar posiciones, sin merecimientos y sin servicios. La fortuna del país, entregada á manos inhábiles

y torpes, se va gastando inútilmente, y quizá no se encuentra muy lejos de la ruina. La fé, que es el mejor patrimonio de los que luchan en el campo de la política, cede y cae ante un obsequio ó una dádiva. La consecuencia se pierde, el entusiasmo se extingue, el descreimiento se aumenta, el escepticismo cunde, la abnegación se debilita, el amor patrio se dá al olvido.... y el gobierno continúa indiferente su marcha, sin levantar los ojos para fijarlos en las oscuras nubes que amontonadas allá en un extremo del horizonte político, amenazan tal vez próximas tormentas.

¡Roguemos al cielo por los héroes de 1808, y pidámosle que ilumine á los hombres de 1862!

Con dolor, pero no con sorpresa, hemos leído el siguiente despacho telegráfico, recibido anoche:

«VERACRUZ 3.—Francia, desaprobando el convenio de Soledad, ha dispuesto que las tropas francesas que se hallan en Tehuacan, vuelvan á Veracruz, donde llegarán el 4. Volverán á marchar del 12 al 15 para Méjico. El estado sanitario es bueno. Jurien de la Graviere y Lorenz están en perfecta armonía. La Graviere vuelve á tomar el mando de la escuadra, y debe apoderarse de los fuertes de la costa.

*La Presse* y *La Opinion*, lo mismo que *La Patrie*, anuncian que el general Govon es esperado muy en breve. Cartas de Méjico anuncian nuevos actos y vejaciones contra los extranjeros. La ejecución de Robles Pezuela ha causado profunda indignación.

Es muy lógico que el emperador, desaprobando como desaprobó el convenio de Soledad, haya dado el orden de obrar como si no existiese; en este punto, nada tenemos que añadir á lo mucho que ya hemos escrito sobre la materia. ¡Pero qué habrá hecho el general Prim, al ver que los franceses vuelven piés atrás, para avanzar luego resultamente sobre Méjico y apoderarse de los fuertes de la costa? Las declamaciones del señor Calderon Collantes no dejan lugar á la duda; aprobado el convenio de Soledad por nuestros ministros, el general Prim tendrá que respetarle, y por consiguiente, que permanecer en los puntos que ocupan las tropas españolas. A menos que se le haya comunicado el orden de seguir en toda la conducta de los franceses, contra lo dicho por el Sr. Calderon Collantes, no puede dar por rot un convenio que lleva su firma y sobre el cual ha recaído la aprobación del gobierno. En cualquiera de los dos casos, España hará un papel, ó ridiculo, ó odioso ante la república mejicana y ante el mundo entero, gracias á la imprevisión de los mandarines de Vicálvaro.

Si porque Francia no aprobó el convenio de Soledad, por creerlo contrario á la dignidad del país, le huella España tambien, despues de aprobado, y sigue el impulso recibido de Paris, ¿no serán la humillación y el oprobio para nuestra patria? Y si los franceses se muestran mas celosos de su dignidad que la altiva nación española, y rompen por sí solos las hostilidades, y entran solos en la capital, y ejercen solos en aquel país la influencia que en gran parte nos correspondía ejercer por derecho propio, ¿no se habrá convertido en estéril y vergonzosa una expedición que nos brindaba con magníficos resultados?

¡Ah! No se diga que el gobierno no pudo prever lo que está sucediendo, pues nosotros, y con nosotros todos los periódicos independientes, le señalamos el peligro á que corría. Fuera del estrecho círculo ministerial, no había en España una persona de medianos alcances á quien se le ocultasen los inconvenientes de buscar la cooperación de otras naciones para vengar nuestros agravios. Los planes de la corte de las Tullerías eran públicos, y además, las conferencias del general Almonte con el ministro Estado debieron revelar

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

—¿Qué plan?  
El piloto se sonrió.  
—Señor vizconde, le dijo: ¿quiereis darme carta blanca....  
—Pero....  
—Hace una hora que estamos indecisos; tan pronto queremos abordar á Locmaria, como pretendemos anclar en esa pequeña ansa, en cuyo fondo se levanta la casita donde se han refugiado la condesa y su amiga. Dejádme, pues, cortar la cuestión.  
—Sea.  
—Vamos á volver á bordo del buque mercante que nos ha traído esta mañana, y que debe permanecer dos días en la rada.  
—¿Y despues?  
—Os dejaré allí: teneis llena la caja de herborista; es de noche y natural que regreséis á bordo, tanto mas, cuanto que el capitán os ha convidado á comer.  
—Bueno. Pero vos....  
—Yo bajo á tierra.  
—¡Ah!....  
—¿Dónde dormiré probablemente.  
—¿Pero regresaréis á bordo?  
—Mañana por la mañana.  
Y como si hubiese temido una nueva vacilación de parte de su compañero, el piloto viró de bordo y puso la proa hacia un gran lugre francés, fondeado en el puerto de Locmaria.  
Una hora despues abordaba la barca la elevada costa de Belle-Isle-en-Mer, y el piloto saltaba á tierra.  
Esta vez se hallaba solo.  
—¡Vamos, Rocambole, amigo mio! dijo; esta es la ocasión de acordarte de tus buenos tiempos. La lucha es digna, pues la condesa de Estournelle es una mujer de cierto mérito.

El piloto, que era el hombre de las gafas azules de la calle de la Michodiere, embarrancó su barca en la arena, calculando que podría regresar antes de la marea entrante.  
Luego echó á andar por una senda que pasaba al pie de la costa, trepaba por sus flancos y se hundía en una especie de barranco, y al cabo de un cuarto de hora desembocaba en un vallecito, verde como una llanura de la Normandía.  
Un brazo de mar lamia las orillas; una casa se elevaba en el fondo, á la sombra de grandes árboles, y dominando una pradera.  
Los alrededores eran tan agrestes como desiertos.  
El supuesto piloto se detuvo en lo alto de la escarpada costa, y á la luz de la luna examinó el paisaje.  
Había luz en la casa, y los sonidos de un piano llegaron á los oídos del piloto.  
—Le está esperando, dijo; y yo querria saber cómo y por dónde llega.  
Descendió por el valle y dió la vuelta alrededor del jardín.  
Habiendo encontrado en la tapia una brecha, pasó por ella, y se deslizó de árbol en árbol, hasta llegar al pie de la casa.  
Solo el ruido del piano, anunciaba que la casa estaba habitada.  
—La noche está algo fria, pensó el falso piloto; sin embargo, fuerza será tomar un partido.  
Trepó sobre un árbol, colocóse á horcajadas sobre una rama, y desde aquel improvisado observatorio, sumergió sus miradas en el interior de la casa.  
La ventana iluminada de donde salían los sonidos del piano, no estaba provista de persianas, y el hombre de las gafas azules de la calle de la Michodiere, pudo ver á una joven alta, esbelta, y que le pareció muy hermosa, en pie, delante del piano, interin que otra mujer, de espaldas á la ventana, pasaba sus dedos por el teclado.  
Al cabo de un instante se detuvo la que tocaba el piano.  
En seguida se levantó y fué á sentarse al lado de la chimenea.  
El hombre de las gafas azules, pudo verle entonces la cara; y reconoció á la condesa de Estournelle.  
Pero como la ventana estaba cerrada, no pudo oír la conversación que aquella entabló con la otra mujer, que era su amiga Esmeralda.

Hé aquí lo que hablaban ambas amigas, á las siete y media de la noche; es decir, cuando acababan de comer.  
—Sabes, amiga mia, dijo Esmeralda, que nuestra existencia actual es de las mas novelescas? Habitamos en un bosque agreste, sin mas vecindad que la mar y las gaviotas, con una campesina y su marido por únicos criados.  
—Pues bien, dijo la condesa sonriéndose: creo que es un paréntesis muy agradable, introducido en nuestra existencia parisien.  
—Sí, con tal de que el paréntesis no sea sobrado largo. La condesa hizo un movimiento.  
—Tienes razon, dijo; justo es que todo concluya.  
—Me parece que el prisionero está ya completamente enamorado.  
—Tanto como ese desdichado Víctor, dijo la condesa, cuya voz tembló al oír hablar al prisionero; como Víctor, que nos espera en Nantes.  
—Pues bien, amiga mia; es llegado el momento de darle fuego á la mecha.  
—¡Ah!  
La condesa dejó escapar esta exclamación, que estremeó á Esmeralda.  
La actriz fijó en ella una luminosa mirada, y le dijo:  
—¡Chiquita, ¿quieres saber todo lo que opino en el particular?  
—Habla.  
—Acabas de desempeñar un papel de tonta.  
—¿Por qué?  
—Oyeme: has salido de Paris, diciéndote: «Voy á Belle-Isle; quiero ver de cerca á Andrewitsch, y encontrar un medio para desembarazarme de él.»  
—Es verdad.  
—Durante el camino has encontrado un auxiliar en ese Víctor, que te ama como un loco, y te has dicho: «Hé aquí el instrumento que necesitaba.»  
—¿Qué mas? dijo la condesa con cierta impaciencia.  
—Entonces preparastes tus baterías con suma habilidad: «Soy hermosa, te digiste, y trastornaré la cabeza á Andrewitsch, como se la ha trastornado á Víctor. Despues, en un momento dado, pondré al tmo en presencia del otro, se harán, y Víctor matará á Andrewitsch.»  
La condesa hizo, al parecer, un violento esfuerzo para conservar su sangre fria.  
—Y lo haré, dijo, tal como lo anunciás.  
—¿Estás segura de ello?  
—¡Oh! Muy segura.  
Esmeralda movió la cabeza.

—Creo que te engañas.  
—¿Yo?  
—Querida, en el momento crítico te faltará la resolución.  
—¿Lo crees?  
—Sí.  
—¿Y por qué?  
—Escúchame. Has conducido tan discretamente tu negocio, que Andrewitsch te visita ya todas las noches. Viene á tocar y cantar, y se marcha un poco antes de las doce, delirante de amor y persuadido de que tu le correspondes.  
—¡Oh!...  
—Y bien... ¿Quién sabe?...  
La condesa se estremeció.  
—¡Estás loca! dijo.  
—Es posible; pero juraría que si hubieras de elegir entre él y Víctor...  
—¡Cállate!  
—Ese muchacho es encantador; añadió Esmeralda. Es dulce, está triste, y tiene grandes ojos azules y pensativos. Mira, apuesto á que si no fuera nieto de la baronesa y no tuvieras el mayor interés...  
La condesa se enojó de hombres.  
—Estás insostenible, le dijo. El va á llegar; trata de ser amable.  
Esmeralda se sonrió irónicamente.  
—Vamos, dijo; ya es tiempo de escribir á Víctor.  
—Aun no...  
—¡Ah! ¡Lo ves!...  
—¡Silencio! dijo la condesa levantándose. Escucha. Y llevándose un dedo á los labios, se dirigió á la ventana, y la abrió.  
XLI.  
Brillaba la luna en el cielo.  
Esmeralda se inclinó por detrás de la condesa, que se había apoyado en el antepecho de la ventana, y ambas miraron al jardín.  
Al lejos se movió una sombra.  
—¡Es él! dijo Mad. de Estournelle. Ese joven es puntual como un reloj.  
En efecto, un hombre había saltado la tapia del jardín y se aproximaba rápidamente.  
Cuando estuvo á la mitad del camino que había desde la tapia á la casa, se detuvo de pronto con gran sorpresa de las dos jóvenes, se bajó y examinó el suelo con escrupulosa atención.

Aquella pausa fué breve. El hombre siguió andando, y cuando llegó á la puerta de la casa é iba á llamar cautelosamente, levantó la cabeza y vió á Mad. de Estournelles y á Esmeralda.  
—Van á abrir, dijo la condesa. No llameis, pues se despertaría el jardinero.  
Bajó Esmeralda, abrió la puerta, asió á Andrewitsch por el brazo, y le dijo:  
—¿Qué mirabais en el jardín?  
—Las huellas de un pié....  
—¿Del jardinero, sin duda?  
—No, dijo Andrewitsch. Son huellas de una bota fina....  
—Es extraño, dijo Esmeralda.  
Mas ocurriósele una idea, é inclinándose al oído del joven.  
—No digais nada á Juana, murmuró: es miedosa, y no se acostaría en toda la noche.  
Juana era el nombre que Esmeralda daba á su amiga en la intimidad.  
El joven echó á andar en pos de la actriz, y ambos subieron al salon, donde les esperaba la condesa.  
Esmeralda se sentó al piano, y Andrewitsch, que tenia hermosa voz, cantó.  
La condesa pensativa, pero con la mirada fija en su vicinia, se había recostado en una butaca.  
La música era el pretexto cotidiano; mas al poco tiempo desaparecía Esmeralda, y dejaba á la condesa á solas con Andrewitsch.  
Lo mismo sucedió aquella noche. Una hora despues se alejó Esmeralda.  
Mad. de Estournelle invitó al prisionero á que se sentase á su lado.  
—Amigo mio, le dijo, ayer os marchásteis muy tarde.  
—Es verdad, replicó sonriendo, y por ello podian haberme castigado, porque los prisioneros debemos retirarnos á las diez y media. Pero son buenos é indulgentes conmigo.  
—¿De veras?  
Y le dirigió una mirada y una sonrisa.  
—Todos, empezando por vos, señora, dijo ruborizándose.  
Sin embargo, le tomó una mano y se la besó.  
—¡Oh! No os adelantéis á darme las gracias.  
—¿Y por qué, señora? ¿No sois vos?...  
—¡Silencio! Mi bondad, puesto que dats ese nombre al placer con que os recibí en mi casa, tiene un objeto.... interesado.  
(Se continuará.)





